

## Cincuenta años de complicidad y complacencia

\*

(Intervención en la presentación de *Obediencia Civil: Complicidad y Complacencia en Chile desde Pinochet*, Santiago de Chile, septiembre de 2023)

Michael J. Lazzara  
Universidad de California, Davis  
[mjlazzara@ucdavis.edu](mailto:mjlazzara@ucdavis.edu)

En una columna publicada en *Palabra Pública* ad- portas de la conmemoración de los cincuenta años del golpe cívico-militar que instaló a la dictadura de Pinochet, Faride Zerán, observó que hoy todavía existe en Chile –a pesar de todo lo logrado en memoria, verdad y justicia– un sector pinochetista importante con presencia y poder. Zerán hace referencia a un estudio de opinión titulado *Chile a la sombra de Pinochet*, publicado en 2023 por la consultora Cerc-Mori, en el que se destaca que TODAVÍA “el 36% de la población –20 puntos más que hace 10 años– cre[e] que las Fuerzas Armadas ‘tenían razón’ en dar el golpe de estado”. Faride cita las palabras de Marta Lagos, la directora del Mori, quien comenta que “el estudio revelaba ‘que no existe en occidente otro dictador que haya sobrevivido el paso del tiempo como lo ha hecho Augusto Pinochet’”. Este hecho está comprobado por varios episodios en el tiempo que sirven de evidencia. Solo hay que pensar en el desfile de cuerpos que pasaban por el ataúd del dictador cuando falleció en 2006, en el homenaje a Krassnoff en el Club Providencia en 2011 o en el homenaje a Pinochet que se organizó en el Teatro Caupolicán en 2012, entre muchos otros ejemplos. Otras columnas de prensa y reflexiones que han aparecido en estos meses han ido señalando la presencia en Chile de una corriente negacionista tóxica frente a la cual hay que dar la batalla y defender la memoria.

Pero en nuestros tiempos, la complicidad no solo existe en Chile. Los cómplices proliferan. Dondequiera que miremos están al acecho, al igual que el negacionismo y la noticia falsa. Podría mencionar a figuras como Bolsonaro en Brasil o el fenómeno Milei en Argentina, quien habla del “curro de la política” como antes

Macri hablaba del “curro de los derechos humanos”, y quien fue aplaudido aquí en Chile por Kast cuando ganó en la primera ronda de la de las presidenciales argentinas. Estas figuras –y hay muchas más– son protagonistas y síntomas de un auge global la derecha fascista. Ni hablar de mi propio país, Estados Unidos (el gran cómplice del golpe en Chile) en el que hoy Trump, con tanto juicio en su contra –incluso por haber atentado contra la democracia misma al fomentar un ataque contra el Capitolio– sin embargo, sobrevive y acumula poder. Miente y encubre su complicidad (o su criminalidad), pero la mitad del país lo ama igual. Lo defiende. Este fenómeno, por una parte, da cuenta de una tremenda capacidad humana para convencernos de que las realidades sean de una determinada manera. Y habla, por otra parte, de lo triste que es ver cómo estos sujetos se levantan sobre las espaldas de tanta gente que sufre la devastación del modelo neoliberal y buscan salvadores por donde sea.

*Obediencia civil: Complicidad y complacencia en Chile desde Pinochet* (2023) viene a intervenir en este contexto. Fue publicado en inglés en 2018, y desde entonces Chile, sin duda, ha vivido un nuevo trayecto importante de historia. El estallido social de octubre de 2019 inició un camino tortuoso, inconcluso e incierto hacia una nueva constitución que pondría fin a la de Pinochet. En estos días el presidente Boric anuncia el Plan Nacional de Búsqueda de los Detenidos-Desaparecidos, lo cual confirma que todavía falta mucho por lograr en materia de verdad, memoria y justicia, a la vez que representa un compromiso inédito de un Estado que no ha sido capaz de dar una respuesta adecuada delante de las víctimas, los sobrevivientes, sus familiares y la sociedad entera. Cincuenta años y la constitución de Pinochet todavía existe. Cincuenta años y el modelo sigue intacto, al igual que la desigualdad socioeconómica. Cincuenta años y quienes fueron cómplices (o criminales) o gozan de su poder o caminan libres por las calles en muchos casos.

No es para nadie un secreto que los civiles jugaron un papel clave en promover la dictadura de Pinochet y en fomentar su contrarrevolución neoliberal. Ahora se habla abiertamente de esta realidad, pero no fue así hasta hace poco. Por muchos años, la participación de los civiles fue un aspecto de la dictadura subestimado y hasta silenciado públicamente, quizás porque la dura realidad era que muchas de las figuras que “apoyaban” moralmente a un régimen criminal seguían (*y siguen*) activos en política, en negocios, en periodismo y en otras esferas de la sociedad. La transición se hizo –claro está– pactando con dichas fuerzas políticas y económicas, lo cual implicaba evitar nombrar en voz alta el rol de los cómplices pasivos o activos. De hecho, cuando yo empecé la investigación de este libro, alrededor de 2010, hubiera sido raro encontrar en los medios el uso de la frase “dictadura cívico-militar”.

Hay buenas evidencias para sugerir que esta situación general de hablar de la complicidad civil *en voz baja* ha cambiado (o está cambiando). Aunque la derecha (donde y cuando pueda) sigue vociferando sus versiones de la historia en el Congreso, en la televisión y en otros espacios, una gran parte de la ciudadanía se opone y rehúsa a aceptar las memorias tergiversadas de quienes pregonan el “salvacionismo” y sus variantes. Han aparecido importantes obras del periodismo que delatan la conjugación de dinero, corrupción y violencia que movió el actuar de los sujetos cómplices tanto *durante* la dictadura como *después*: las obras de Javier Rebolledo, Nancy Guzmán, María Olivia Mönkeberg, Juan Cristóbal Peña y Alejandra Matus, entre otros, tienen un valor indispensable en ese sentido y están sentando las bases para una conversación pública más amplia sobre las complicidades. Mi libro viene a participar de este momento, en el que hablar de las complicidades empieza a dejar de ser una tarea pendiente para los estudios posdictatoriales y de memoria.

Vale señalar que mi campo de investigación no es el periodismo ni la historiografía. Soy, más bien, un académico que se ha dedicado a las letras y, por tanto, mi abordaje de la complicidad (aunque interdisciplinario) privilegia el aspecto narrativo de este fenómeno; es decir, me ocupo en este libro de las puestas en escena (y en relato) de los yoes cómplices que han hablado públicamente o que han escrito sobre sí mismos. Uno de mis criterios para seleccionar el “elenco” de mis personajes fue precisamente que estos personajes tenían que haber escrito o hablado públicamente a través de géneros autorreferenciales (es decir, autobiografías, memorias, documentales, etcétera). Me ocupo de sus voces, desde la óptica de la crítica literaria y cultural. ¿Cómo *se narran*? ¿Cómo se configuran textualmente? ¿Qué historias cuentan para racionalizar su participación activa o tácita en crímenes innombrables? ¿Qué ficciones se inventan para apaciguar sus conciencias y para mitigar sus vergüenzas?

Está claro que un solo libro nunca podría abordar todos los matices de complicidad a los que la dictadura dio cabida. Es con humildad, entonces, que trato de echar luz sobre una gama de posicionalidades que, en conjunto, pueden aludir *metonímicamente* a varias zonas grises generadas tanto por la dictadura como por la adhesión de ciertos sujetos al paradigma neoliberal. Los cinco capítulos estudian casos diversos: artistas e intelectuales cómplices de asesinatos, figuras notorias de la derecha pinochetista, economistas, lobistas, *bystanders* (o terceros), meros funcionarios del engranaje del horror, e incluso figuras camaleónicas y “conversas” que renunciaron a sus subjetividades revolucionarias de antaño para luego convertirse en apologistas del neoliberalismo. Todos ellos han sido, en una palabra, *obedientes* a la dictadura o a la propagación o administración de su modelo económico.

En términos generales, el libro plantea dos argumentos. El primero de ellos es que el Chile actual es de alguna manera producto de la complicidad y la complacencia de quienes avalaron la violencia dictatorial en su momento o que después le restaron importancia, la negaron o la disminuyeron porque se beneficiaron o política o económicamente de la sociedad que la dictadura gestó. Al yuxtaponer estos dos conceptos –complicidad y complacencia– no es mi intención afirmar que son fenómenos igualables ni que portan la misma gravedad ética. Simplemente propongo que los dos fenómenos, en conjunto, evocan un espectro amplio de *grados de responsabilidad* que ameritan nuestra consideración. Los puntos que pueblan este espectro entre la complicidad y la complacencia pueden ser fácilmente distinguibles entre sí, sobre todo cuando la distancia entre ellos es grande; pero es igualmente importante recordar que los puntos en este espectro siempre existen en una correlación los unos con los otros. Cada uno ocupa su lugar en la matriz.

En este sentido, complicidad y complacencia se nutren como las dos cabezas de una misma hidra (el orden neoliberal). Su yuxtaposición, por tanto, puede resultar fructífero porque nos permite pensar en cómo el pasado toca constantemente el presente y viceversa. Nos permite también reflexionar sobre cómo ciertas actitudes y posturas ideológicas sedimentadas en dictadura y que hoy impiden la mitigación de una desigualdad socioeconómica endémica en verdad tienen sus raíces en el legado violento de la dictadura.

Mi segundo argumento, más literario y quizás filosófico, tiene que ver con la ética (o falta de ética, mejor dicho) que encontramos en las memorias cómplices y complacientes. Argumento que las narrativas cómplices no alcanzan un estándar ético porque nos confrontan con figuras cuyos actos autobiográficos son autoprotectores e individualistas más que vulnerables y *para el “otro”*. Inspirado por teóricos como Levinas, Judith Butler y Michel Foucault, quienes han reflexionado sobre las complejidades de la voz en primera persona, pienso en el acto de decir “YO” como un acto de responsabilidad individual hacia el “otro”. La voz autobiográfica, por tanto, debería responder (idealmente) a un “llamado” que le llega de la comunidad a decir la verdad y asumir cualquier consecuencia (costo) que implique su rendimiento de cuentas.

Pero al mismo tiempo que afirmo que es necesario que los actores cómplices se vulneren ante el otro –algo que raramente (o casi nunca) ocurre– también sugiero que las voces cómplices probablemente mejor se entienden cuando reconocemos que su habla está imbricada en las mismas estructuras del neoliberalismo y su ethos individualista. Esto ocurre de dos maneras.

En primer lugar, las narraciones escritas o habladas por sujetos cómplices pueden entenderse, en parte, como *productos* que compiten en un campo de batalla variado de ofertas de memoria. En línea con esta idea, nunca me deja de sorprender que los estantes de las librerías de Chile, medio siglo después del golpe, siguen poblados de libros escritos por sujetos cómplices que tratan de vender sus versiones de la historia. Estas voces peligrosamente marketean sus historias parciales o tergiversadas, deseando que sus lectores acepten su visión normalizada y presentista del YO, aunque esta estuviera llena de medias verdades, excusas o silencios garrafales.

En segundo lugar, debido a que el neoliberalismo –como una suerte de orden racional– modifica *todo* (incluyendo formas del conocimiento y del autoconocimiento), los autobiógrafos cómplices, interesados en ensalzar su propia imagen, quizás puedan ser entendidos como los sujetos neoliberales por excelencia. Como síntomas de los tiempos que vivimos y del “espacio biográfico” que Leonor Arfuch identificó como una característica central de nuestra era neoliberal (con esa frase Arfuch se refiere a la cultura obsesiva y autopromotora del YO que caracteriza a las sociedades occidentales neoliberalizadas), los autores cómplices terminan vendiendo versiones de sí mismo y fallan en su responsabilidad hacia la Comunidad más amplia.

Lo que a primera vista, entonces, pueden parecer dos argumentos distintos, realmente tienen todo que ver entre sí. Lo que espero mostrar, en última instancia, es cómo ciertas dinámicas *sociales* y *discursivas* se reflejan y se nutren mutuamente: es decir, me interesa destacar cómo la cultura neoliberal que la dictadura impuso y que la transición endosó ha generado sintomáticamente una serie de memorias interesadas, autoprotectoras e individualistas que, por su misma naturaleza, traicionan a la dimensión intersubjetiva implícita en la autobiografía y terminan canalizando la racionalidad neoliberal.

Elizabeth Jelin hace años se refirió a los “pasados que no pasan”, y efectivamente la realidad nos confirma que es así. La Guerra Fría ya pasó, pero ciertas lógicas de esa época perduran (o, en realidad, son de todas las épocas). Seguimos rodeados de fantasmas y vivimos las consecuencias de una época que dejó más de medio millón de muertos por América Latina y cuyas secuelas neoliberales han engendrado nuevas formas de violencia, discriminaciones y tragedias sociales. Los actores de entonces no desaparecen del todo de la escena. Y en ese sentido las batallas de la memoria siguen ardiendo.

La dictadura cívico-militar chilena es quizás una de las más estudiadas en la región y, como la Argentina, ha dado origen a una bibliografía crítica extensa que nos ha enseñado mucho sobre la naturaleza de las memorias, las luchas por los

derechos humanos, la justicia transicional y las manifestaciones de la Guerra Fría en América Latina. Pero aun cuando esa bibliografía es extensa, la perspectiva, la distancia temporal y el recambio generacional ahora empiezan a posibilitar la escucha y el estudio de nuevas voces que solo latían en el trasfondo del relato crítico de la “primera” transición. Empiezan a aparecer otras voces, como las de las Historias Desobedientes y con Faltas de Ortografía que ahora en marchas, libros, instalaciones, películas y obras de artes denuncian a sus progenitores criminales y abogan por la memoria, la verdad y la justicia. Son voces audaces y su intervención en la escena política, social y cultural constituye un gesto elocuente *en contra de* la complicidad y la complacencia.

Los tiempos de preparación de un libro son largos, y uno nunca puede anticipar el contexto preciso en el que va a nacer. Eso de alguna manera me pasó. Este libro fue publicado originalmente en Estados Unidos, aunque siempre fue pensado para Chile, como una intervención local que pudiera ayudar a instalar ciertas preguntas y debates. Cinco años después y con una pandemia de por medio, esa intención se cumple gracias a la impecable traducción de Marisol Vera y a la generosidad del gran equipo de Editorial Cuarto Propio.